



María.

UNA MADRE.

(MARÍA.)

BELLA es la muger en su infancia, porque es la imágen de un ángel que sonríe á la tierra, porque forma el encanto del hogar doméstico; en su juventud se presenta llena de encantos, inspirando amor, esparciendo en su derredor mil tiernas emociones, y su hermosura y su candor la hacen objeto de un culto entusiasta de todos los corazones; bella y querida como hija, interesante como esposa y como hermana, de valor inmenso como amiga, hay todavía un estado en que á su belleza añade la santidad de su carácter, en que parece enteramente purificada, en que es casi una imágen viva de la inmensa Providencia; ese estado es el de la maternidad. Nunca es tan interesante la muger, nunca inspira tanta ternura, nunca difunde tanta veneracion como cuando es madre.

Parece que Dios la reservó para que lo representara en la tierra con su amor, con su clemencia, con su prevision, con sus cuidados y con su misericordia. La muger ama á su hijo desde el momento en que lo concibe, lo lleva en su seno, y desde entónces le sacrifica su tranquilidad y sus placeres. No hay privacion, no hay pena que no sufra con gusto, si sabe que puede contribuir al crecimiento y al desarrollo del ser que vive en sus entrañas. Encuentra en él un recuerdo de su amor, ama en él al esposo, y á sí misma; considera como una dicha del cielo la maternidad y espera con ansia el nacimiento de su hijo, porque desde ese instante su carácter es mas grave, mas importante en el órden social. Ya no será la niña, que solo recibe el incienso de la adulacion, la jóven que corre en pos de placeres y de lisonjas; no, será, sí, la muger que sacrifica su vida á la familia, que tiene que ser modelo de virtudes, y que dirigir en la tierra seres tan débiles que perecerían sin sus cuidados. Los dolores del parto á que quedaron condenadas todas las madres desde la desobediencia de la primera muger, léjos de ser desfavorables al tierno niño que hace su entrada al mundo, parece que aumentan el cariño de la madre, como se estima mas todo aquello, cuya adquisicion cuesta algunas penas.

La madre alimenta á sus hijos con su sangre, vela sus sueños, observa sus mas ligeros movimientos, enjuga su llanto, sorprende sus dolores, estudia lo que puede causarles algun placer, mece sus cunas arrullándolos con cantos de melancólica ternura, cuida del desarrollo de sus cuerpos, los enseña á hablar, y les inspira las primeras ideas que ocupan su mente, ideas dulces, tranquilas, religiosas y agradables. En to-

da la infancia, tan larga como es, no hay hora en que el niño no reciba algun bien de la madre; ella forma el corazon, ella da las lecciones mas elocuentes de virtud, las del ejemplo; ella infunde sentimientos de amor, sentimientos de belleza y de ventura, ella deja en el pecho de sus hijos el gérmen de todas las pasiones generosas, y cada una de sus palabras, cada una de sus caricias, cada uno de sus consejos es saludable al alma de sus hijos, que despues al cruzar este mundo, suspiran adoloridos al recordar los dias de la infancia, y sienten crueles remordimientos si alguna vez olvidaron las lecciones de su madre.

En los días de la juventud en que la sangre hierve, en que el corazon late con fuerza, en que mil ilusiones de fuego pasan por la mente, en que las pasiones asaltan la existencia con toda su fuerza, en que se anhela gozar y se forjan en el espíritu mil quimeras de loca felicidad, en que por fin hay un riesgo inminente de que el mundo nos arranque nuestras creencias y nuestra virtud, en esos dias terribles para la cabeza y para el corazon lo único que salva á los hombres es la voz de una madre. Ella, solo ella, sabe reanimar las esperanzas perdidas, apagar el volcan de deseos insensatos, hacer amar la virtud, y derramar un bálsamo consolador sobre las penas de la vida: entónces, ¿qué importa que sufran el orgullo ó la ambicion, qué importa mirar marchitas las ilusiones mas bellas, si sentimos en la frente el beso de una madre, si escuchamos sus consuelos, si vemos sus ojos llenos de lágrimas porque sufrimos? Despreciamos el mundo, nos burlamos de la demencia con que seguimos dichas tan falsas como los fuegos fatuos y nos creemos felices porque tenemos una madre.

Ella, mas persuasiva que todos los filósofos del mundo porque habla por una convicción íntima y verdadera, sabe pintar sembrada de flores la senda de la virtud, sabe corregir nuestros defectos sin humillarnos, sin avergonzarnos, y sin ofendernos. Ella nos enseña á conocer las bellezas y la armonía de la creación, ella da al alma las alas con que vuela hasta el cielo á adorar al sublime Regulador del universo. Los preceptos de la religión verdadera brotan de sus labios como una ley de amor y de dulzura, como un sentimiento necesario á la felicidad de la vida, á minorar sus martirios.

Todos los sentimientos generosos que son el asombro y la veneración del mundo los han hecho germinar y crecer en el corazón los cuidados ó las lecciones de una madre. Ella enseña á respetar á la sociedad, ella dirige la mano del niño y enternece su corazón cuando empieza á ser caritativo socorriendo la miseria; ella inspira resignación al infortunio, ella despierta en el pecho el noble sentimiento de la patria, tan fecundo en grandes resultados para el género humano.

No solo tiende la madre casi por un poderoso instinto á formar la parte moral de sus hijos, sino que también contribuye al desarrollo de la inteligencia y de la imaginación. Pocos podrán adquirir grandes conocimientos si en su infancia no comenzaron á discurrir guiados por el genio de una madre, si no recibieron de ella las primeras ideas de lo útil y de lo bello. Sus lecciones vivas, animadas y llenas de encantos preparan el entendimiento á enriquecerse de conocimientos y á cultivar las ciencias y las artes.

Para una madre consiste la felicidad, en la dicha de sus hijos. Nada vale tanto á sus ojos como la virtud, la gloria, el

mérito de sus hijos; casi se envanece y goza mas de ver esos honores que si adornaran su propia frente.

Una madre en fin es el único ser en la tierra que ama desinteresadamente, que ama con constancia, y en cuyo amor no produce cambios el tiempo, ni la fortuna. Por el contrario, parece que en medio de las desdichas, la mujer encuentra nuevos tesoros de ternura para mitigar los dolores de sus hijos. En la edad madura los ama lo mismo que en la infancia, entonces preside los goces de la familia y se recrea en los hijos de sus hijos. Y al bajar á la tumba, resignada y tranquila, siente solo dejar este mundo por sus hijos, ruega por ellos, y en el cielo, sin duda, implora el auxilio de Dios para que guie sus pasos en la tierra.

Siempre una madre presenta cuadros llenos de belleza. ¡Miradla joven, bella, arrullando en su regazo á su hijo que juega y que sonríe; miradla contenta, satisfecha, sin querer cambiar su dicha por el poder del mundo entero! ¡Miradla dirigiendo é instruyendo á su familia, sembrando en ella hábitos de virtud y de orden! ¡Contempladla dando consejo al joven inesperto, y avisándole todos los tropiezos que le esperan, todos los escollos por que tiene que pasar! ¡Miradla inundada de lágrimas orando en el templo, con el corazón traspasado porque alguno de sus hijos sufre, porque alguno de ellos comete faltas que la llenan de amargura! ¡Miradla llorando y llena de fé implorando el auxilio de Dios para el hijo que surca lejanos mares, que combate por la patria, ó que atraviesa el mundo, solo é infortunado! ¡Miradla siempre dispuesta á perdonar, á la menor señal de arrepentimiento! ¡Miradla velar acongojada en el lecho del hijo moribundo, prefiriendo dar su

ecistencia, por tal que él viva, por tal que no padezca! Miradla en cualquiera situacion, y confesaréis que una madre en la tierra es la imágen viva de Dios.

No hay dolor de que se participe mas fácilmente, no hay angustia que tanto llegue al corazon como la de los hijos que han perdido á su madre. ¡Qué tiernas son sus lágrimas, qué penoso es su pesar! Se miran abandonados, solos; besan con veneracion el ataud de la muger que los llevó en su seno, y lloran y rezan en su tumba. Su dolor no tiene consuelo, su pérdida es irreparable; pero con ellos vive la memoria de su madre, y este recuerdo solo, basta para que sigan en el sendero del bien, para que su conducta sea tal que no pudiese desagradarla.

No hay ser que nos ame como una madre; así, á ella se debe amar sobre todo cuanto ecsiste en la tierra. Los esposos deben respetar á las madres de sus hijos, porque á ellas deben el honor y el lustre de su nombre, y los huérfanos son los seres que inspiran mas interes y mas ternura, porque ya no tienen el mayor bien, porque han perdido el tesoro mas valioso. UNA MADRE.

En la infancia y en la juventud, una madre parece el ángel de guarda, enviado por Dios para conservar nuestra ecsistencia; despues, es siempre la representacion de la Divinidad.

¡Felices aquellos á quienes acompaña su madre en la vida; felices los que pueden pagar débilmente sus cuidados, sirviéndola de apoyo y de sosten, cuando sus cabellos han encanecido, cuando los años han debilitado todo su ser, ménos el amor maternal, que vive y luce hasta el fin como antorcha inextinguible! ¡Hermoso cuadro el de una anciana á quien sus

hijos sirven de sosten con tanto amor, con tanta ternura, como cuando ella los arrullaba en sus brazos en las horas de la infancia! ¡Dichosa suerte la de la familia que mira en el hogar, embelleciéndolo y derramando calma y tranquilidad, paz y ventura á la madre, cuyas palabras son siempre de amor, de prudencia, y sirven de útiles consejos, de severas lecciones á todos los que van á lanzarse al mundo inespertos y confiados! En la vida, miéntras el hombre sabe que el amor maternal lo sigue á todas partes, hay para él un dulcísimo consuelo en medio de la adversidad: ese amor puro y vivísimo, es como la sombra del palmero que libra la débil planta del café de los ardores del sol; es como la gota de rocío que vivifica las plantas que languidecen.

En la penosa carrera de la vida, hay una memoria luciente y salvadora como la del faro en medio de la tempestad, y es la de las lecciones de una madre. Guardémosla, pues, en el corazon y serán ménos nuestros dolores y nuestros martirios.

LA LAGRIMA DEL DOLOR.

HUBO un tiempo en que mis ojos

Lágrimas de amor vertieron

Cuando á mi mente vinieron

Las ilusiones de amor:

Pero pasaron fugaces

Aquellas horas tranquilas,

Y hoy asoma á mis pupilas

La lágrima del dolor.

De mi lira al eco suave

En un tiempo de ventura,

Fuí Elisa, de tu hermosura

El fiel y amante cantor:

Hoy humedece las cuerdas

De esa lira, amargo llanto,

Hoy interrumpe mi canto

La lágrima del dolor.



Mercedes.

Con pasión pura y ardiente
Yo te amaba, Elisa mía,
Y en tus brazos no temía
De la fortuna el rigor.

Nunca pensé que en mi pecho
Abrigo el dolor buscara,
Que mi megilla surcara
La lágrima del dolor.

En tus brazos, ángel mío,
Dulces sueños me halagaron;
¡Ay! breves se disiparon,
Y huyó con ellos tu amor:

Ví morir mis ilusiones,
Ví mi esperanza perdida,
Y el alma vertió afligida
La lágrima del dolor.

Solo me queda un recuerdo
De mi dicha transitoria,
Y encuentro en esta memoria
Un encanto seductor:

Que también halla en el llanto
A veces placer el alma,
También el tormento calma
La lágrima del dolor.

Cuan triste guarda la mente
 Esos recuerdos de amores,
 Que son ya marchitas flores
 Sin aromas ni color,
 Que arrebatadas del viento
 Van á perderse entre abrojos,
 Y que arrancan á mis ojos
La lágrima del dolor.

En vano anhelante busco
 Un alivio á mis pesares,
 En vano ¡ay! en los altares
 Pido consuelo al Señor.
 Nadie mi gemido escucha,
 Desoye el Señor mi ruego,
 No ve que sus aras riego
Con lágrimas de dolor.

Perdida ya mi ventura,
 Perdidas mis ilusiones,
 No temo de las pasiones
 El indómito furor:
 Porque el corazon marchito
 Burlado ya por la suerte,
 Solo gime, y triste vierte
La lágrima del dolor.

Estinguida la esperanza,
 Lento el corazon palpita,
 Y la mente no se agita
 Con ilusiones de amor:
 Me agobia el dolor impío,
 Tal vez al dolor sucumba,
 Solo secará la tumba
Mis lágrimas de dolor.

México, Febrero 20 de 1851.

FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA.